



## Punto de vista

**Jesús Alturo i Perucho**

Catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona

# Por una libertad justa

Nuestros representantes políticos están absorbidos en la tenaz —y justa— defensa de un derecho que, como pueblo, nadie puede negarnos: el de decidir nuestro futuro. Sin embargo, ni nuestros portavoces ni nosotros mismos debemos olvidar una obligación aún anterior: la de velar para que la gente indeterminada y anónima, pero muy tangible y con nombres y apellidos que conforma nuestro país, pueda gozar de los derechos más elementales: un trabajo digno, una vivienda adecuada, una educación y una sanidad convenientes. De otro modo la sociedad se fraccionará, no por motivos de origen, ni de lengua, ni de cultura; sino por un injusto reparto de la riqueza colectiva. Las desmesuradas ganancias de unos pocos, que difícilmente pueden conseguirse con un trabajo honrado, condenan a la precariedad e incluso a la indigencia a una creciente mayoría. Y estas ganancias son ilícitas, injustas, inmorales. Ya lo decía san Jerónimo: «El rico o es injusto o heredero de un injusto.» Por no recordar las palabras más contundentes de Jesús de Nazaret.

La actual crisis económica, que ha volatilizado esperanzas de bienestar y ha dinamitado derechos sociales que parecían definitivamente consolidados, no tiene, ciertamente, sus raíces en la caída de los valores de los mercados, sino en el desprecio envanecido de los valores éticos que está llevando a su práctica abolición. Y aquí fallamos todos. Desde los más encumbrados, que deberían ser un referente moral a quien poder tomar por modelo y que, al contrario, demasiado a menudo provocan escándalo, hasta los que nos venden los productos básicos a unos precios abusivos, pagados en euros pero con unos sueldos que, si no se han reducido o han desaparecido, se han congelado al nivel de cuando se cobraban en pesetas. ¡Qué estafa más silente, colectiva y monumental ha permitido el cambio de moneda, sin negar



los beneficios ciertos que también ha procurado! ¡Cuántos fraudes, trampas y martingalas facilitan las unidades de euro, que son, en realidad, centenares o miles de pesetas! ¡Cuántos trabajadores, cuántos jubilados, cuántas viudas, por no hablar de los parados, a quienes se ha privado de su dignidad como personas, viven en el umbral de la miseria por estos excesos! Unas malas artes de unos pocos, que, instaladas como parecen en la vida cotidiana y totalmente impunes, se vislumbran fijas y permanentes, y dejan sin aliento a una parte importante de la sociedad.

No. No podemos esperar la libertad para ganar la justicia. Porque la historia enseña —incluso la más próxima e inmediata— que, con o sin libertad, los aprovechados de turno, con una u otra bandera, no dejarán de anteponer la satisfacción de su codicia al cubrimiento de las necesidades mínimas, pero vitales, de la mayoría. No debemos renunciar a los derechos culturales e históricos de nuestro país, y debemos mantenernos fieles a él, ¡ciertamente!, pero, con convencimiento y determinación parecida o superior, debemos proteger al conjunto de personas singulares que lo hacen vivo, y pensar que, mientras haya un solo pobre, una sola persona necesitada, no podremos sentirnos libres.



## Saber escuchar

**Joan Guiteras i Vilanova**

Deán del Capítulo Catedral de Barcelona  
secretaria@catedralbcn.org

# Vínculos personales y familiares

El papa Francisco, en *La alegría del Evangelio*, escribe que hay, actualmente, un gran individualismo. Una característica de nuestro tiempo. ¿Con qué consecuencias? Con una manera de vivir que debilita «el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, que desnaturaliza los vínculos familiares».

Una muestra del individualismo la da la expresión frecuente «esto no es mi problema». Junto a frases como ésta se esconde el hecho de desentenderse de los demás y de los asuntos sociales. El individualismo se muestra también en actuaciones políticas cuando ignoran el bien común. La globalización puede llevar, si no se vigila, hasta el desprecio de las personas. Fácilmente «vamos a la nuestra», sin mirar a los que están a nuestro lado. ¡Como si las personas no importaran!

El Santo Padre alerta sobre la desnaturalización de los vínculos familiares. He aquí un problema vivo. Bastantes optan por vivir en pareja. Una bofetada a la familia y, tal vez, una vida destrozada. Vivir sin vínculos formales puede ser muy peligroso para la convivencia. Es como querer alzar un gran peso sin una palanca adecuada. También se produce una ruptura matrimonial que, demasiadas veces, desemboca en «una nueva pareja» y en un notable enredo de las relaciones parentales y filiales. Los hombres, pretendiendo hacer lo mejor, podemos actuar con insensatez. ¡Serio problema!

La acción pastoral de la Iglesia debe mostrar claramente que Dios es Padre de todos. Y por eso «exige y anima una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales». «Comunión» significa «unión con». Recuerdo a un escritor que, refiriéndose a la comunión eucarística, escribía que era recibir a Cristo y también a sus miembros, por ejemplo, al esposo, la esposa, la suegra, la nuera, el yerno, el vecino... Una manera clara y aguda de expresar el sentido y la realidad de la comunión. Añadía que para engullir todo esto era necesaria una garganta muy ancha. Yo diría un corazón lleno de fe, de amor y humildad.

El Romano Pontífice se refiere, aún, a las guerras. Muchas en estos momentos. Los cristianos debemos decir, muy alto, cómo debemos reconocer a los demás, «curar las heridas, construir puentes, estrechar lazos y ayudarnos mutuamente a soportar las cargas».

## A propósito de...



**P-J Ynaraja**

Capellán del Montanyà  
ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net

# Gran San Bernardo, 2.473 m

Desde hace muchos años he ido encontrando el simpático dibujo de un perro con un barril de ron colgando al cuello, para reanimar a caminantes perdidos, que atravesaban montañas alpinas. Supe más tarde que correspondía a una ayuda que ofrecían unos frailes que habitaban por aquellas cimas. El paso de los Alpes ha sido una hazaña de importancia para grandes personajes. Me intrigaba el lugar, pero nadie me facilitaba detalles o noticias. Conocerlo fue por fin consecuencia de un viaje por Francia, norte de Italia y llegada a Chamonix, que ya conocía, disponíamos de diez días. Se cruzaba, pues, el lugar que titula este relato. Temía las dificultades que pudiera tener viajando en un utilitario. Las noticias de enciclopedia eran escasas. Unos conocidos italianos me aseguraron que la carretera era practicable. Advierto que el proyecto era para finales de septiembre, había que pensar, pues, en posibles nevadas. Una atractiva aventura por consiguiente. La guía de albergues nos indicaba que en Saint-Oyen había uno y, confiados, nos acercamos al atardecer a esta pequeña población del Valle de Aosta. No encontramos el albergue, ni siquiera existía la calle que el librito indicaba. Casi era de noche, hacía frío y la humedad nos calaba hasta los tuétanos. Plantar la tienda era difícil e imprudente. A quienes pedimos información, nos indicaron que acudiéramos a los «padres». Allí fuimos. Se trataba de un caserón, casi un castillo. Gente joven correteaba, pero ningún adulto nos podía atender. La segunda vez que nos acercamos, una señora nos atendió amablemente. Según nos dijo, el quedarnos a dormir era decisión de los «padres», y ninguno de ellos estaba entonces allí. Le pregunté que qué le parecía a ella que me responderían. Con prudencia nos repitió que de ella no dependía, pero que confiáramos, que eran unos «padres» muy amables. Se iba haciendo tarde. Debo advertir que esta región autónoma es italiana, pegando a Francia, pero los frailes eran alemanes. Mi francés es deficientísimo, la conversación suponía piruetas, entendedoras para ambos. Había rogado al Señor que me concediera ser acogido en aquella casa, como yo recibía a los demás en la mía. Pese a la situación climática adversa, ya lloviznaba, no había perdido la calma. El buen religioso que llegó se mostró fabulosamente amable. Por supuesto, podríamos descansar aquella noche. Había solicitado lugar para dormir y él añadió sus excusas, justificando que la cena a aquellas horas no pudiera ser lo que hubiera él deseado.

Al día siguiente me invitó a acompañarle y concelebrar la misa. Se trataba de una numerosísima comunidad femenina benedictina, a quien gentilmente me presentó. Excuso decir que entre el maravilloso paisaje alpino, la Eucaristía y quien me acompañaba, me sentía totalmente feliz y agradecido a Dios. Buscaba el paso por un puerto de alta montaña y encontré una comunidad fundada por un canónigo de Menthon, que seguía la regla de san Agustín y tenía escrito en un lugar visible: «*Hic Christus adoratur et pascitur* (aquí se adora y alimenta a Cristo).»